

Como la más extraña de las premoniciones, tras haber desayunado el día veintinueve – aún noche de graduación- en el “Bar Teba” y haber visitado el día treinta el pequeño pueblo de Arriate, el día treinta y uno, día de evaluaciones, me lo he pasado de visita en el pequeño pueblo de Teba. Así pues, sin saber si eran las ocho y media o las ocho y cuarto la hora acordada, marché pronto al instituto.



Tras dos horas- bastante largas- de un viaje que incluyó parada y pérdida (porque sí, nos perdimos, le dimos más vueltas a la montaña de Teba que un perro que descubre que tiene cola), llegamos a una zona de casuchas desperdigadas que poco a poco fueron tomando densidad. En una zona de almacenes, en una pequeña esquina, desembarcamos mochila, al hombro, segundos, cuartos, bachilleres –o más bien, atendiendo a hechos recientes, preuniversitarios- con tal de

conocer a ambos tebanos o tebeños que nos esperaban impacientes por la hora de retraso. Gracias al retraso –¡Gracias! ¡Gracias!- no tuvimos tiempo de subir al castillo. Todo un alivio después de ver que, pese a haber subido una montaña de cuidado con el autobús, el pueblo se compone básicamente de cuestas arriba y abajo –lo que cansó rápidamente nuestra visita. El castillo, por si no lo dije, se encuentra varios metros más alto que el pueblo –es decir, más cuestas.

Como iba diciendo, en una esquina ajardinada del pueblo se nos entregaron unos folletillos informativos sobre el pueblo, nos dieron una calurosa bienvenida y nos dejaron en manos de nuestras jóvenes guías. En el camino descubrimos que Teba es uno más de los innumerables pueblos de asfalto duro, pasaje de canto y casilla encalada. A nuestro paso, los conocidos “espectadores” de los pueblos pequeños se asomaban a las ventanas y puertas de sus casas para ver pasar una columna de adolescentes de tal calibre. A su vez, dejaban sus escobas las señoras cuya profesión consiste en echar agua enjabonada al asfalto que has de pisar –una ingente cantidad de ellas la que encontramos en Teba, sí señor. Teba, como ya he dicho de otros pueblos, es un lugar lleno –aún más que Arriate, si cabe- del espíritu nostálgico que te llena el corazón cada vez que te paras y dejas la mente en blanco. Esto se acentúa cada vez que encuentras en el recodo de una subida una



esplendorosa vista de todo aquello que dejaste atrás. Un espíritu repleto de historia, tradición y costumbres. Un espíritu que añoras cada vez que abandonas. Un espíritu que te hace preguntarte “¿Por qué demonios no vivo aquí?”.

El espíritu de Teba se ve reforzado en su gigantesca Iglesia, propia de ser llamada catedral, que tuvimos la ocasión de contemplar en el interior –y disfrutar de su fresco aire acondicionado, que nos alivió del dolor que provocaba en nuestra piel el calor del exterior y nos reconfortó de la bajada hasta la calle larga. Al salir fuimos conducidos, pechos arriba y abajo, hasta una capilla dedicada, curiosamente, a la virgen del Carmen. Digo curiosamente porque la patrona del mar ha llegado a un pueblo sin playas. También fuimos conducidos hasta el museo del pueblo, donde pudimos contemplar la larga, larguísima historia del lugar, desde la prehistoria hasta los registros civiles de hará cuatro siglos. Conocimos la historia de Sir James Douglas, que se pereció en su camino a Jerusalén con tal de llevar el corazón de su difunto rey a tierra santa. Ambos, órgano y sir, quedaron en el pueblo que ayudaron a reconquistar.

Cabe destacar, cómo no, la cantidad de portales de suprema belleza que se asientan en las casas del pueblo. Portales de madera, mármol y piedra tallada que bien podrían ser obra de artistas del *Cinquecento*. Puertas en las que queda encerrada, como las burbujas de aire en el hielo antártico, un pedacito de historia y belleza que siempre permanecerá en el subconsciente del observador.

Cansados, agotados y extenuados, cada cual más que el anterior, llegamos y entramos en el I.E.S. Itaba, que sorprendentemente se encontraba justo al lado de la esquina donde comenzamos nuestra visita. Allí, con el calor abriendo poros, provocando la transpiración y sublimando pelos –os aseguro que yo fui a Teba con más pelo de con el que vine-, animamos lo más energéticamente que el cansancio nos permitía a los grupos que cantaban en el improvisado escenario del patio.

Tras el concierto, comimos y pusimos de nuevo rumbo a la puerta de nuestro I.E.S., dejando atrás un pueblo que nos acogió con los brazos abiertos y nos despidió con los brazos cerrados. Dejando atrás un fragmento de vida que, al menos a mí, me dieron un soplo de aire fresco entre la pesada manta que el sol nos mullía en los hombros. Dejando atrás, sin lugar a dudas, belleza y cariño.